

Prólogo a las obras completas de Rafael Moreno Casarrubios

Carlos Germán Amézaga

París, mayo de 2021

Conocí a Rafael Moreno Casarrubios en los fecundos y turbulentos años de Estudios Generales Letras en la Pontificia Universidad Católica, en el fundo Pando, hace ahora un poco más de 40 años. No coincidimos en la misma sección en el primer ciclo, de allí que no estuvo entre las primeras amistades universitarias, pero estoy seguro que dimos vueltas, aun sin habernos conocido, en el patio de la Rotonda, en la cafetería de Artes o en la de Ramón. Luego, a través de amigos comunes, algún día probablemente entablamos alguna conversación y pasamos a saludarnos cada vez que nos cruzábamos en las aulas o fuera de ellas.

De entonces lo recuerdo, como siempre, hablador, con mirada inteligente y atrevida, casi nunca pasando desapercibido; atento a los detalles y a lo que pudiera decirse por allí; persiguiendo, o ya alcanzando, a alguna fémina; desprovisto de pudor para decir lo que corresponda a quien corresponda y soñando ya desde entonces en ser escritor. Sin duda, su paso por Estudios Generales fue una marcada fuente de inspiración para su primera novela. De hecho, uno de sus personajes, el entrañable *Chochera* Bracamonte, fue parte de ese mundo, a veces bizarro, pero siempre inquietante y divertido de nuestro paso por Letras.

Recuerdo que en esa época ganó el primer premio de los Juegos Florales de la Universidad Católica con su relato "Juegos Sutilés". Desde esa temprana experiencia, Rafael dejaba clara su intención de incursionar en la literatura y lo hacía, además, con una muy lograda historia que abordaba, de manera paralela, la justa venganza de un niño contra otro que lo agredió y la desdicha y el desamor de una vieja tía **por el padre del agresor**.

Más adelante, compartimos un curso de Psicolingüística con un gran maestro, don Luis Jaime Cisneros, él, como estudiante de literatura y yo como estudiante de derecho, pero con ganas de juntarme con la gente de literatura. Fuera de la universidad, coincidimos en un grupo que jugaba cachito (dudo) en el *Mac Bar* y que frecuentaba los bares y cafés de Miraflores y Barranco. Humos y cervezas fueron parte de largas y enjundiosas discusiones en las que la política, las mujeres, el fútbol y la literatura eran los temas recurrentes. Luego vino la época de la Academia San Antonio en la que dejamos de frecuentarnos y, más tarde, su partida a España.

Fue precisamente en Madrid donde nos vimos por última vez, antes de un paréntesis de casi 18 años. En mi viaje a Bruselas para asumir mi primer puesto en el exterior, hice una escala de unos cuantos días en la capital española. Era mi primera experiencia europea y todo lo que veía me deslumbraba. Además, Madrid se encontraba en plena *Movida* y la vida allí, especialmente la nocturna, se encontraba en plena ebullición. Fue en el barrio de Malazaña donde nos juntamos con Rafael y un grupo de amigos y disfrutamos de todo aquello que la noche madrileña podía

ofrecernos. Conversamos también, recuerdo, en el parque Retiro, sobre su proyecto de emigrar a Australia y eso fue todo. Yo partí para Bruselas y él poco después a Sydney.

Fueron muchos años en que casi no tuvimos noticias el uno del otro; me enteré de la salida de sus primeras novelas, algunas las compré, pero no tuve ocasión de comentarlas con Rafael. Sé que le fue bien en Australia pero decidió volver al Perú. A partir de su vuelta y contando ya con las posibilidades de las nuevas formas de comunicación, es que empezamos a intercambiar correos y luego a vernos, cuando en medio de mi carrera internacional regresaba a Lima.

Tiempo después, Rafael presentó en la Feria del Libro mi primera novela para niños y yo tuve ocasión de revisar algunos de sus textos antes de su publicación y así nos convertimos en amigos recurrentes, a través de conversaciones por Messenger o comentarios en Facebook, dejando de lado las distancias, pero siempre en permanente contacto. De allí que, pese a todo, me ha caído de sorpresa este deseo de que le prologue lo que será quizás la primera selección de sus obras completas, gracias a la Editorial de la Universidad Ricardo Palma.

Asumo este compromiso desde mi condición de asiduo lector, más no de crítico o comentarista. Ser el autor de unos cuantos libros de ficción quizás me permitan ofrecer una visión desde mi punto de vista de lo que puede decirse de la obra de Rafael, variada en cuanto a los temas, pero con algunos contenidos recurrentes a los que me referiré en su momento.

Distintas novelas, un solo personaje

Hay un personaje que se apunta en casi toda la obra de Rafael Moreno Casarrubios. A veces él mismo cuenta su historia, otras veces es contada en tercera persona, o incluso alguien la cuenta por él, por eso le digo personaje, porque adopta diferentes figuras a lo largo de su obra, pero mantiene ciertos rasgos que lo hacen identificable y que lo relacionan necesariamente a la figura del autor.

Las circunstancias varían, desde el niño que busca casas para sus perros o el muchacho que vive para meter el gol de su vida, pasando por el joven estudiante creador de una academia pre-universitaria, hasta el hombre acosado por los múltiples desastres que le ocurren en su largo paso por una ciudad australiana, o el de aquel que busca y encuentra a I-Tanggi en sus andanzas por el Asia.

Todos ellos, de alguna u otra manera, recogen elementos que los hacen identificables, como si el propio autor los hubiera creado para reproducirse a sí mismo en medio de las historias y aventuras en las que se ve envuelto, sea en San Antonio, en Chaclacayo, en Australia, o en Bali. Todos tienen en común, primero, el nombre y luego la circunstancia del lugar donde habitan y donde se suceden sus venturas y desventuras.

En ese sentido, podríamos hacer un primer resumen de la obra de RMC dividiéndola en tres o cuatro secciones, en las que ese personaje siempre aparece: Una primera es la niñez, la misma que se encuentra en *La ternura tiene cara de perro*, la segunda es la adolescencia, que encontramos en *La felicidad era una pelota de fútbol*; la

tercera es la juventud, en *La tristeza según San Antonio* y quizás también en *Amalia en la casa del aburrimiento*; y, finalmente, la cuarta, la adultez, la podemos encontrar en *La trilogía de Roger Balaguer*. Sale un poco fuera de este recuento *Las riberas del río*, que es una obra especial donde quizás se muestra al verdadero autor detrás del personaje.

Alejo niño: La Ternura tiene cara de Perro

La historia es contada en primera persona por el narrador, Alejo, quien vive en el barrio de San Antonio, Miraflores, y estudia en el Colegio Carmelitas. Tiene 11 años y, a esa edad, ya se expresa con mucha propiedad, destaca como buen conversador, ingenioso y convincente, lo cual le permitirá ser un buen vendedor, algo que necesitará para cumplir con el encargo de su padre, un hombre que por su trabajo viaja mucho por el Perú. El lenguaje y sus propiedades parecieran constituir uno de los temas preminentes de esta novelita, incluyendo su factor inventivo, embaucador.

Alejo vive con sus padres y sus hermanos, dos hombres y una mujer, en una casa donde ha mostrado su vocación por los animales, lo que le ha permitido juntar pájaros, iguanas, tortugas, gallos, gallinas, ardillas, pero, sobre todo, perros. Así, la historia empieza recordando a quien fuera su primer perro, *King*, quien se extravió tres veces en muy poco tiempo, pues no tenía un olfato muy desarrollado.

Un día, Alejo recoge en la calle a una perrita hambrienta y muerta de frío. Se la lleva consigo y la deja en el garaje de su casa. Al principio no quiere decir nada sobre ella, pero esa noche da a luz a 10 cachorros. Descubierta el caso, en complicidad con su hermana tendrán que poner a prueba toda su diligencia y preparar el discurso que les propone su papá para poder regalar los 10 perritos a los vecinos.

La historia nos acerca un poco a la vida del barrio de San Antonio, sus moradores y los distintos tipos de hogares en un barrio de clase media limeña, allá por los años 70. Al final Alejo y su hermana podrán lograr encontrar un hogar para cada uno de los perritos, apelando a sus propias capacidades de seducción, a las gracias del lenguaje y a la curiosidad de los vecinos, quienes descubren en aquellos cachorros una nueva forma de adaptarse a la vida en la comunidad. La entrega embarazosa de los diez perritos un poco enfermos es el triunfo del lenguaje, en realidad, sobre la materia complicada, resistente y diversa.

No en balde el padre comerciante les había impartido previamente algunas lecciones de mercadotecnia.

Alejo adolescente: La Felicidad era una Pelota de Fútbol

En esta novela encontramos otra vez a Alejo, quien sigue viviendo en San Antonio. Ahora ya es un adolescente de 13 años y sus pasiones son el fútbol y las chicas de su edad, aunque es todavía muy tímido y no se atreve a encararlas. Tiene un hermano mayor, Ricardo, y juega fútbol con los amigos del barrio, todos ellos también del colegio Carmelitas. La historia la cuenta el propio Alejo como narrador: le gusta el fútbol, usa el pelo largo y le bacilan los Rolling Stones. Al padre no le va bien en los negocios, viaja mucho y su socio le ha jugado una mala pasada y lo ha estafado. Se repite en otra y más grave dimensión el elemento embaucador del lenguaje.

En una visita a la Cantuta para jugar fútbol con los amigos, Alejo conoce a Emma, se hacen amigos y termina profundamente enamorado de ella. Así, luego de un tiempo, conoce al padre de Emma y le cuenta que es escritor, entonces éste le pide que le lea lo que escribe. Alejo reconoce que le gustaría escribir novelas de aventuras, “la escritura me parecía un modo de desarrollarme”, señala. Luego de una conversación con su “suegro”, Alejo comienza a escribir seguido, dejando entrever ya su futuro como escritor. El lenguaje y sus posibilidades es su interés primordial, pese a sus trece años.

Alejo y Emma serán enamorados, pero luego terminarán, cuando el fútbol de alguna manera se interpone entre ellos, así como la inseguridad de Alejo para efectos de relaciones amorosas. Debe entrenar muy fuerte para jugar por su colegio en el campeonato interescolar. El Carmelitas avanzaba en el campeonato y Alejo no podía jugar por estar lesionado, recién en el segundo tiempo ingresa y logran ganar con un gol suyo. Llegan a la semifinal con el colegio de la Inmaculada; pese a jugar bien, Alejo recibe un golpe, se lesiona y finalmente pierden por 2 a 1.

Luego del partido, se entera que su amigo un poco mayor, Pedro, quien también estaba enamorado de Emma, ha empezado a salir con ella aprovechando su ausencia y se hacen enamorados. Más tarde, solo, en su casa, Alejo reconoce que las mujeres todavía no eran la felicidad, sino que lo era la pelota de fútbol y pronto estaría otra vez listo para volver a las canchas y seguir anotando.

Un valor resaltante de la novela es su limpieza moral, el hecho que el personaje no contamine su entorno de resentimiento u odio, su capacidad de comprensión de la libertad de sus propios amigos y de Emma, adolescente de 14 años, poco más madura que él y que precisaba de una relación más estable. Alejo lo comprende todo y sufre callado, pero escribiendo. La novela que leemos es un *bildungsroman* de la adolescencia, del hecho de adolecer (seguridad, madurez, virilidad, etc)

Aquí el lenguaje sí pareciera coincidir con la realidad, y la novelita adquiere un tono y valor entrañables.

Alejo joven: La tristeza según San Antonio

Esta novela es cronológicamente la primera del autor. En ella, el personaje del que hemos venido hablando se amplifica y se desarrolla a lo largo de la misma. En el libro, Alejo comenta sus aventuras con los amigos y sus distintos amores, teniendo como marco su barrio de San Antonio, Miraflores y sus cafés, la rotonda de la PUCP y algunos otros barrios. Es profesor y periodista de la revista *Oiga* y tiene a sus amigos repartidos entre los de su barrio, los de la PUCP y los de la revista.

Los dos primeros capítulos recorren sus aventuras amorosas con dos chicas de la PUCP, la segunda es, además, su alumna. Alejo no sabe aún qué es el amor, las quiere, las desea, pero al mismo momento se burla de ellas y algo desde muy adentro busca separarse de ambas, mientras más quiere encontrarse realmente, más las rechaza, aunque sin dejar de sentir celos y algo de afecto por las chicas.

La tercera parte de la novela comprende la formación, el auge y la caída de la "Academia San Antonio". Las historias de la Academia parecen no tener fin, y, entre los amigos protagonistas, las secretarias, las nuevas novias y los negritos de San Juan de Miraflores, componen una jocosa muestra de lo que puede pasar cuando se juntan personajes de clases sociales muy distintas. Entre ellos, hay a veces simpatía, hasta amistad, pero las diferencias de clase se mantienen, y así, aceptar como novia a una joven gordita, pero de origen aristocrático, resulta más sencillo que dirigirle la palabra a los negritos de San Juan de Lurigancho.

La Academia no pasa de ser una fuente de personalidades, un mundo donde se dan cita personajes diversos, cada uno con sus problemas y obsesiones, entre las que, claro está, es el sexo el motor inicial de esos comportamientos y, al mismo tiempo, la codicia o el amor al dinero, una vez que éste empieza a llegar fácil y abundante.

Alejo especula mucho sobre la vida de su hermana en Sydney, Australia, y no deja de pensar cómo sería su vida en ese país, más liberal y con mejor situación económica, pues empieza a entrever que el Perú va a entrar a su peor momento. Allí resulta muy importante la referencia a lo *real-horroroso* para definir lo que pasaba en el Perú. Situación que es también la de Alejo hacia el final de la novela, dolido, desesperado, casi sin amigos, con su academia en decadencia y leyendo a Camus en "La Peste" o "El Extranjero" como única distracción.

No obstante, el humor también forma parte innegable de las historias que cuenta Alejo, el narrador, en las que no siempre él es el protagonista, pero suele acompañar en sus descripciones las locuras que a veces cometen algunos de los personajes secundarios de la novela, como pueden ser el *Chochera* Bracamonte o Evita Aramburu, Toby, la Gordita lánguida, Ana Gracia, Bernardo, Michelle, siempre en lugares distintos de Lima, ciertas chinganas o bares, sean la "Máquina del Sabor" o el "Sargento Pimienta". Como se señalaba en una reseña del libro: "La línea de la historia encierra episodios y anécdotas memorables, a veces de extraordinaria comicidad. Estos muchachos de la Universidad Católica del Perú de los años 80, residentes del barrio de San Antonio, Miraflores, transmutados por el talento del autor, se tornan en seres tan vívidos, interesantes y entrañables..."

Algunas frases, sobre todo al inicio de la novela, nos hacen recordar un poco a la narrativa de Bryce Echenique, de hecho, como este autor lo hace, se citan frecuentemente expresiones en idioma inglés. También se aluden de manera profusa muchos poetas, antiguos o modernos, de los cuales podemos mencionar a: Flint, Novalis, Dante, Pound, Whitman, Vallejo, Miguel Hernández, César Moro, Eielson, Martín Adán, entre otros.

Goodreads hace una reseña final sobre la novela: "Generosamente tocada por el ángel de la gracia, esta novela es una celebración de la sensibilidad, la memoria, la imaginación y el humor; es asimismo una fiesta del lenguaje y una cachetada maestra a las maneras solemnes y meramente formales con que cierta narrativa nos suele extenuar. Aun en sus pasajes vulgares, de marca coprolática, no incurre en el lugar común. La línea de la historia encierra episodios y anécdotas memorables, a veces de extraordinaria comicidad".

Asímismo, sobre su propia novela, Rafael Moreno Casarrubios señala que en ésta “se muestra el individualismo, la falta de respeto por el bien común, la corrupción, los robos, la crisis, la falta de confianza ante las instituciones...” Y sí, eso es cierto, y esos males persisten hasta nuestros días, y por ello afirmamos que el libro se mantiene vigente y se deja leer muy bien pese al tiempo transcurrido desde su escritura.

Un paréntesis: Amalia en la casa del aburrimiento

Esta novela breve de Rafael Moreno Casarrubios, una especie de *nouvelle* aparecida el año 1984 en la revista *Hueso Humero*, resulta escrita antes que *La tristeza según San Antonio* y tiene un ritmo y unas características distintas, quizás por el hecho de ser anterior y de ser más bien un cuento largo y, por lo tanto, “debe ganar por *knock out* y no por puntos” como diría Cortázar.

Para empezar, el personaje es distinto, todavía no es Alejo, ahora se llama Mariano Ocampo, es profesor y trabaja en una revista. Dejó pasar en su juventud una beca que lo habría llevado a Europa, donde hubiera podido dedicarse a escribir. No lo hizo y ha terminado como un hombre casado, aunque no le va muy bien en su matrimonio, pues “la modorra, un atributo de su matrimonio que lo sacaba de quicio, poniéndolo colérico y enfermizo”, y, por tanto, “la mediocridad y la rutina comenzaron a adquirir casi una justificación divina para él”.

Esta situación casi desesperante cambia el día que la bella hermana de su mujer, Amalia, decide venir a pasar unas semanas a su casa luego de haberse peleado con su marido por un tema de infidelidad. La presencia de Amalia cambiará totalmente la vida de Mariano pues, si bien desde hacía mucho tiempo la detestaba, la convivencia con ella empieza a tener efectos que irán transformando su relación.

Poco a poco, a través de la marihuana que ambos empiezan a fumar, primero tímidamente y después con asiduidad, y luego, a través de una sutil y casi inconsciente seducción de ella hacia él, se empieza a crear una fuerte tensión sexual entre ambos, la misma que crea en Mariano una tremenda contradicción entre su deseo insatisfecho y ese sentimiento de rechazo o antipatía que seguía teniendo presente con Amalia. La solución a este embrollo solo se verá hacia el final del relato.

En esta *nouvelle* se empiezan a perfilar algunas características de lo que será el personaje de Alejo en los siguientes libros: es profesor, trabaja en una revista, fuma marihuana, en algún momento tuvo una vocación de escritor y vive cerca de la avenida Benavides, en San Antonio. Mariano, en sus monólogos, empieza a mostrar ese cansancio que le produce vivir en casa, comprometido con una mujer que no le ofrece todo lo que él quisiera. La llegada de Amalia le ofrecerá una manera de deshacerse de ese hastío, pero solo será temporal.

Más adelante, el personaje de Alejo en *La tristeza según San Antonio*, ampliará ese hartazgo ya no solo a la casa donde vive sino hacia el país en el que habita, donde todo le parecerá mal hecho y está seguro que lo que viene podría ser peor. Ese será el momento de irse, de cambiar de aires, de buscar una nueva fuente de inspiración para sus intereses literarios, ¿España? ¿Australia? Será el momento también de buscar un nuevo personaje: Roger Balaguer.

La trilogía de Roger Balaguer

Esta trilogía es una muestra de los variados argumentos literarios de RMC. En la primera de las historias, Susy Scott es quien, a través de su diario, cuenta su propia historia y su difícil relación, básicamente telefónica, con Roger Balaguer. En la segunda, es una tercera persona, un narrador omnipresente, quien nos relata las circunstancias vitales de Roger y su novia Juliette en su viaje a Bali donde se encontrarán con I-Tanggi. Finalmente, en la tercera, es el propio Roger quien cuenta sus venturas y desventuras en la ciudad de Sydney, en la calle Gerard.

Las tres novelas conforman un *corpus* en el cual el personaje de Roger Balaguer resulta siendo un personaje primordial, sea como la obsesión amorosa y luego vindicativa de Susy Scott; como el personaje alucinado con el *karma*, el *sunyata* y las *cakras* a los que tiene que ir a buscar a Bali; o como el hombre común y corriente que se ve enfrentado a sucesos extraordinarios, aparentemente sin ninguna conexión unos con otros, pero que podrían tener algún secreto vínculo. De todas aquellas circunstancias, el personaje saldrá vivo, pero también seriamente chamuscado por los acontecimientos.

La ciudad, Sydney, el *Kingdom College*, donde Roger dicta clases de español y literatura, Juliette, la novia presente o en el recuerdo, el Café de la plaza, donde Roger ha llevado a todas sus conquistas, o el *Caversham Shiraz*, su vino favorito, son lugares y personajes permanentes en la trilogía. Con ellos, o a través de ellos, se irán tejiendo múltiples, amenas y sugestivas aventuras en las cuales, como dice el propio autor, temas como “la mismidad, la otredad, la alteridad, la libertad, la soledad, el viaje, el amor o el silencio”, se congregan para ofrecernos una vívida semblanza, en forma de caleidoscopio, de una vida singular. La trilogía la podemos interpretar como un canto de la libertad, pero también como una meditación sobre la misma. El denominador común es para mí el peligro que emana de la autenticidad, aunque la trilogía lo rebasa en complejidad y acaba con una interrogación en la oscuridad con la tercera novela de la misma, *El perseguido de la calle Gerard*.

El diario de Susy Scott

Susy Scott vive en Sydney y practica el oficio más antiguo del mundo. Se defiende muy bien en su profesión -en su caso dedicada a atender sexualmente a tullidos, débiles mentales y viejos perversos- por lo que puede al mismo tiempo estudiar en el *Kingdom College*, a donde se ha inscrito porque quiere conocer a un joven latinoamericano: Roger Balaguer, quien es profesor de literatura fantástica en esa casa de estudios.

Al no sentirse cómoda de tratar directamente con él, Susy se decide a llamarlo telefónicamente por las noches sin decirle exactamente quién es, pero expresándole que lo conoce a través de una amiga del *college*; admite que lo admira y, más tarde, que está enamorada de él. La sucesión de llamadas, casi todas las noches, reflejadas fielmente en el diario de Susy, van generando una cierta complicidad con Roger, quien en un principio intenta rechazarla, pero luego observa en ella algunas actitudes interesantes y se permite mantener una relación por esa vía, eso sí, sin aceptar jamás invitarla a su casa o accediendo a sus ofrecimientos carnales.

Como profesor en el *college*, Roger les muestra a sus alumnos (entre ellos a Susy) lo mejor de la literatura latinoamericana: Onetti, Cortázar, Ribeyro, Rulfo, y a poetas como Vallejo o Martín Adán. Pero, al mismo tiempo, además escribe y le comenta a Susy en una de sus llamadas que su novela se llamará “Las campanas de San Antonio”. Esta relación en la que se alternan buenos y malos momentos comienza a mejorarse cuando Susy confiesa también que es escritora y le ofrece hacerle llegar los cuentos que ha escrito. Roger acepta leerlos y le resultan muy gratos la mayor parte de ellos. Gracias a ese detalle, Roger empieza asimismo a contarle parte de su vida. Le cuenta, por ejemplo, sobre el *Kundalini* que practica con sus novias y hasta de cómo logró causar la muerte de una vecina que lo detestaba.

Roger está enamorado de Françoise, hija del dueño y camarera de un bar cerca a su casa. Como ella no quiere aceptarlo como novio, para darle celos se aparece a comer allí diariamente con Juliette y otras chicas con las que sale. Todo esto se lo cuenta a Susy, quien vive también cerca de allí, sin saber que ella lo espía discretamente desde mesas vecinas. A través de las historias que Roger le va contando, Susy vive a través de él todos aquellos sueños y aventuras que ella no puede tener para sí.

En su diario, Susy comenta también sus propias historias, las cuales resultan siempre vivaces y entretenidas, pero que finalmente la dejan triste y con el alma vacía. Se descubre así que, en complicidad con su proxeneta, Jefferson, se dedican de vez en cuando a extorsionar a maridos engañadores o a industriales venales; por otro lado, las anécdotas de su propio trabajo, dedicado siempre a personajes especiales a los que ninguna otra puta aceptaría, derivan en desánimo y represión, en contraste a las historias que le va contando Roger.

La atracción de Susy hacia Roger, le hace pensar que ella de alguna manera podría ser como él mismo y así disfrutar de los placeres que él disfruta. Pero, al mismo tiempo, los celos terribles que la van carcomiendo poco a poco la llevan a cometer una mala jugada contra Roger, de la cual ambos saldrán perdiendo.

Si bien en esta novela Roger Balaguer no es el personaje principal, Susy Scott es una especie de *alter ego*. Ella también es escritora y entre ambos, a través del hilo telefónico, se juntan y se encuentran paulatinamente. El le cuenta historias de amantes y de su propia vida; ella lo escucha, lo escribe y lo cuenta. Ella lo distrae con sus amarguras y su espíritu deshabitado por un amor no correspondido; él trata de levantarle el ánimo, pero toma nota de sus historias que le servirán más adelante para desarrollar la suya propia. Al final, surgirá un desencuentro que los llevará a cada uno por su lado, totalmente desencantados y maltrechos. El peligro de un final criminal obliga a Roger a tomar medidas policiales contra ella, pues descubre en unos expedientes de la Seguridad Social que es ligeramente esquizofrénica y que guarda motivos de confidencias ilícitas para que su caficho, Jefferson, o ella, deseen eliminarlo.

La novela alcanza aquí un nivel de patetismo en torno a la comunicación humana, descarnada.

La salud de I-Tanggi

Roger Balaguer es el hijo menor de una familia de inmigrantes peruanos en Australia. Vive en una casa pequeña con vista al mar, en Bondi Beach, comparte su vida con Juliette, quien lo acompaña en “su tendencia a los amores apasionados”. Es profesor de un *college* y tiene un jefe que le hace la vida imposible.

La novela empieza cuando Roger y Juliette están esperando en casa a José Antonio, el hermano mayor de Roger, quien les ha prometido ir a tomar desayuno con ellos. Roger está aún convaleciente de un viaje reciente a Bali, donde conoció a I-Tanggi, pues en el avión de regreso sufrió una tremenda descompensación que lo dejó sin poder respirar y con una molestia terrible en el pecho, lo que hizo pensar en un infarto.

La espera a José Antonio, quien se demora cada vez más en llegar, los obliga a recordar los momentos vividos en Bali a donde llegaron con esa necesidad de escapar, aunque sea por unas semanas, de la vida al interior del *college*, donde el director ya le ha hecho pasar algunos momentos bochornosos por las quejas de algunas de sus alumnas, y, también, como una forma de reencontrarse como pareja, pues mantienen una relación no muy estable.

Desde un primer momento, incluso desde que está en el avión de ida, Roger no deja de beber, lo que de alguna manera le permite sentir cierta libertad. Un poco en ese estado es que tiene un altercado en la calle con un chico que quiere venderle reiteradas veces unos anteojos oscuros, a quien rechaza de mala manera. El hermano mayor de ese chico, tratando de sacar provecho de la situación, y luego su padre, serán los que finalmente lo pongan en contacto con I-Tanggi.

Sabiendo que es un personaje excesivo, al límite ya, Roger ha viajado a Bali, “la isla sagrada”, para entender mejor la filosofía hindú, los *artha*, *kama*, *dharma* y *moksha*. Las primeras lecciones sobre estos términos se los da el padre del chico de los lentes, pero de todas maneras le recomienda ir donde un “Brahman de verdad, muy interesante, instruido en literatura sánscrita y Tamil”, I-Tanggi, quien vive en una colina cercana a la ciudad.

Haciéndose pasar por enviados de un poeta inglés, Roger y Juliette se hacen invitar a la casa de este misterioso brahmán. Son recibidos muy cordialmente y reciben una primera lección acerca de las *cakras* “centros de luz y energía infinitas (...) insospechadas reservas de energía corporal que pueden fraguar la inmortalidad”. I-Tanggi les presenta a su esposa y más tarde a su hija y se sientan a almorzar. La conversación fluye entre los conocimientos de sabiduría hindú del dueño de casa, la política local y las preguntas a veces incómodas de Roger, quien ha empezado a beber, él solo, la botella de vino que había llevado de regalo.

La conversación sigue sobre diversos temas pero, mientras tanto, Roger no para de beber y Juliette está cada vez más molesta con él, hasta que llega un momento en que ya no puede más y le confiesa a I-Tanggi que ellos no vienen en nombre de ningún poeta y que todo lo que le han contado es mentira. El brahmán enfurecido coge una cimitarra que estaba colgada en la pared y arremete contra ellos, quienes tienen que escapar corriendo. Se van sin haber aprendido todas las *cakras*. La huida será hasta el hotel y luego vendría lo del malestar en el avión de retorno a Sydney, y la espera al hermano, quien finalmente nunca llegará.

Esta novela aparece quizás como la más intensa de las tres. En ella, el personaje de Balaguer muestra todo su fastidio y su ofuscación contra todo lo que le rodea: su familia, el *college*, sus paisanos peruanos y hasta la misma Juliette que casi no lo soporta por su cada vez más vigente alcoholismo. La fuga hacia Bali, y su regreso precipitado y accidentado, no será sino una forma de escapismo hacia las fuentes de la sabiduría hindú y hacia un conocimiento que, sólo él lo sabe, nunca podrá realmente asumir en cuanto que representa un personaje excesivo, excéntrico, desbordado.

Para culminar, me parece indicado señalar que es recomendable enfocar la comprensión de la novela como el de una farsa, tanto en forma como en fondo. Roger Balaguer tiene aquí rasgos del *Falstaff* de Shakespeare, borracho, inventivo, hedonista, sensual y lenguaraz.

El Perseguido de la Calle Gerard

Nos encontramos otra vez con nuestro personaje, esta vez sufriendo por tener que dejar el departamento en el que ha vivido durante 9 años (algunos de ellos con su ex novia Juliette) y en la necesidad de buscar uno nuevo, preferentemente en el mismo barrio al que ya está acostumbrado, su querencia australiana. Poco después consigue mudarse a otro departamento en la misma calle Gerard, aunque bastante más oscuro que el anterior. Y la oscuridad será el tema de fondo de la novela.

Roger ya había tenido algún asunto con la policía, a raíz del caso de Susy Scott, pero llegando a su nuevo edificio, un hombre mayor, con quien había tenido un intercambio de palabras una hora antes, se muere de un infarto delante de él. La policía lo interroga y finalmente no pasa nada, pero le piden que vaya con cuidado. Roger sigue con su vida de hombre solitario, ya sin pareja fija, hasta que decide alquilar un cuarto de su departamento, y se lo ofrece a Massy, una chica depresiva. Para su mala suerte, al poco tiempo, Massy muere a consecuencia de una sobredosis de heroína, lo cual llevará otra vez a Roger a declarar ante la policía local.

Ocurren algunos incidentes extraños, mientras tanto. Al poco tiempo conoce a Rosalía, hija de una peruana que acaba de llegar a Sydney. Tiene solo 20 años, es muy linda y Roger cree haberse enamorado de ella. Las primeras veces que ella llega a su casa se ven interrumpidos por un problema de ratas que aparecen en el baño y luego por los desratizadores que vienen a matarlas dos días después. La aparición de esas ratas genera una avalancha de esos roedores en todo el edificio y la gerencia del mismo le echa la culpa a Roger. Al mismo tiempo, Roger se entera que su amigo veterinario, a quien visita a menudo, ha sufrido la muerte de varios animales debido -según él- a un virus que habría sido traído por un loro muerto que Roger le había dejado.

Los sinsabores no terminan allí pues la encargada del edificio le pide, a través de una carta, que se mude y, además, le avisan que el hijo del hombre que murió de un infarto le va a interponer una demanda por 100,000 dólares acusándolo de haberle provocado la muerte. Para colmo, resulta que Rosalía, de quien está cada vez más enamorado, le confiesa que le gusta beber sangre y que la necesita para vivir. Este hecho le produce un fuerte temor sobre la salud mental de la chica, lo que hacia el

final de la novela se verá corroborado por un acto final de Rosalía contra su padrastro y una nueva declaración ante la policía.

Todos los sucesos que le ocurren a Roger, uno tras otro, en los que él es participante pero al mismo tiempo “inocente”, le hacen pensar largamente en dejar la ciudad, en volver a su país de origen y también en verse a sí mismo como *el otro*, es decir, como el personaje que él mismo suele enseñar en su curso, aquel hombre distinto, el *axolotl* ese que Cortázar miraba en el Jardín de Plantas de París y que poco a poco se iba transformando en el *otro*.

Ese sentimiento de *otredad*, es el que va marcando la novela paso a paso, los problemas que Roger enfrenta no le ocurren directamente a él, sino a “otros”, pero es él mismo el que paga las consecuencias, el que resulta aparentemente culpable: por haber tenido una discusión con el viejo propietario, por haber llevado un loro muerto al consultorio de su amigo, por haber alquilado un cuarto a una ex drogadicta, por haberse apresurado a matar a las ratas de su departamento, o por haberse enamorado de una vampiresa.

Aquellos que están a su alrededor sufren las consecuencias de haber tenido algún tipo de relación con Roger (infarto, cierre de un negocio veterinario, suicidio, mordida de una rata, etc), lo cual le va generando al protagonista esa sensación opresora de *otredad* en una ciudad que lo había recibido muy bien al principio, pero que ahora, gracias a esta sucesión de incidentes, parece que ya no lo quiere y lo irá empujando a tomar una decisión definitiva. El párrafo final de la novela expresa claramente el sentido de oscuridad existencial y de comprensión de lo vivido:

Gané la calle. Oscurecía ya y llovía con relámpagos seguidos. El agua corría raudamente por los canales de la calzada y empezaba a desbordarse como un riachuelo sin rumbo. No había traído mi paraguas, el tiempo loco me agarraba desguarnecido. Los escasos taxis que circulaban por la comisaría de North Sydney estaban disputadísimos y deambulé bajo la lluvia torrencial y el cielo tupido, impenetrable.

Una excepción: Las riberas del río

Este libro es una selección de textos de diferente tipo – aforismos, ensayos breves, reflexiones, silogismos – y nos ofrecen una visión muy personal del autor. Es el propio Rafael Moreno Casarrubios el que se dirige a nosotros y no cualquiera de sus *alter egos*: Alejo o Roger. RMC vivió en San Antonio, estudió en el Carmelitas y en la Universidad Católica, creó la Academia San Antonio, viajó a estudiar a Madrid y luego a Sydney, donde vivió varios años, desempeñándose como profesor en un *college*, y luego regresó a Lima donde continuó siendo profesor, además de escritor.

Casi toda esta experiencia de vida se relata de alguna manera a lo largo de su obra, pero también se expresa en esta serie de textos, los cuales recogen sus vivencias y

sus reflexiones frente a la vida, a sus autores favoritos o a las personas con las que le ha tocado compartir tiempos o espacios. De allí, por ejemplo, surge aquella advertencia: ¡*Cuídate del que no se ríe y del que cree tener siempre la razón* ¡.

Destacan también algunas de sus manías y desilusiones: *El hipocondriaco sabe que se va a morir de algo, y ese algo lo siente con mayor seriedad que los demás. Hace luto toda la vida de su muerte; o El sendero de la felicidad conduce a la infelicidad. Yo hace años que desando los dos.* Refiriéndose a la película “La Sociedad de los Poetas Muertos”, dice: *Su protagonista, un profesor inventivo, con humor, maravillosamente congraciado con su materia, que despertaba la pasión por la literatura y la representación, era yo, completamente yo, y mis lágrimas ante su injusto despido y la cerrada solidaridad de sus alumnos era una suerte de premonición de lo que me habría de suceder en dos colegios limeños, muchos años después.*

A lo largo de la sucesión de textos se van notando todos aquellos detalles que destacan también en las novelas, por ejemplo, su falta de espíritu nupcial; en “Extraña idea individualista del futuro” dice: *hasta los 40 años he venido despidiendo a novias y convivientes, entre aeropuertos australianos y europeos.* Luego, las desventuras que se mencionan en “Un día desastroso en Lima la Horrible” y en “Clarividencias”, parecen capítulos extraídos de *El Perseguido de la Calle Gerard*. Por supuesto, no dejan de mencionarse repetidamente las ciudades de Madrid y Sydney.

Los autores favoritos del autor aparecen asimismo diseminados a lo largo de los textos: Vallejo, Borges, Cortázar, Cioran, Hemingway, Buda, Nietzsche, Sartre, Camus, Vallejo, Ribeyro, entre otros, son citados en diferentes reflexiones o aforismos. Estos mismos autores son también referencias en las novelas, muchos de ellos con citas textuales que adornan su narrativa.

De alguna manera podríamos asociar a RMC con el mini relato o la microficción, aunque en este caso con un sentido más filosófico y existencial o, como dice Carlos Maza en un comentario: “Hoy nos toca agradecer a Rafael Moreno por haberse dado el tiempo de escribir con brevedad, de escribir sobre todo, sobre cualquier cosa, con la mirada corrosiva y la honestidad que lo caracterizan y que, en ocasiones, le han ganado más de un disgusto entre los hipócritas que viven buscando guardar las formas en lugar de buscar la verdad”.

La lectura de este libro nos acerca verdaderamente al espíritu del autor. Tal vez podría ser leído en forma previa a sus novelas, dejándonos claro como la realidad y la ficción se entremezclan vivamente en toda su obra, como en un juego de espejos, entre el autor y los protagonistas. En ese sentido, vistos los resultados, Roger Balaguer podría haber sido también el autor de “Las riberas del río”.

A manera de conclusión

El repaso de la obra completa de Rafael Moreno Casarrubios ha sido un ejercicio a veces emotivo, pero también estimulante. Desde la primera novela, *La Tristeza según San Antonio*, se puede apreciar a un narrador que no deja nada en el tintero, que cuenta, explica, comenta y se interroga sobre todo aquello que le pasa a él, pero también sobre lo que ocurre a su alrededor. Este permanente interés de querer entenderlo todo se mantendrá un poco en las novelas siguientes, que tratan temas de niñez y adolescencia, pero llegará a su climax en la trilogía, donde el cúmulo de

circunstancias que rodean a su personaje y la influencia que tendrán sobre él, lo obligarán a tomar decisiones permanentes e irreversibles.

Por ello, recomiendo vivamente la lectura de estas obras completas, empezando por donde prefiera el lector, con la seguridad de que en cada uno de los textos se encontrará siempre una historia, una frase o una reflexión que nos habrá de generar algún tipo de emoción o nos obligará -simplemente- a pensar o a soñar.